

*Embajada de los romanos a Teuta, reina de Iliria. – Muerte que ésta mandó dar a uno de los embajadores. – Sorpresa de Epidamno malograda. – Batalla naval ganada por los ilirios frente a Paxos y toma de Corcira.*

No era de ahora el que los ilirios insultasen de continuo a los que navegaban de Italia, pero actualmente durante su estancia en Fénice (año -231), destacándose muchos de la escuadra, robaban a unos, degollaban a otros y conducían prisioneros a no pocos comerciantes italianos. Los romanos, que hasta entonces desestimaron las quejas contra los ilirios, llegando éstas a ser ahora más frecuentes en el Senado, nombraron a Cayo y Lucio Coruncanio por embajadores a Iliria, para que se informasen con detalle de estos hechos. Teuta, al regreso de sus buques de Epiro, admirada del número y riqueza de despojos que transportaban (era entonces Fénice la ciudad más opulenta del Epiro), cobró doblado valor para insultar a los griegos. Las conmociones intestinas la disuadieron por entonces; pero sosegados que fueron los vasallos que se habían rebelado, al punto puso sitio a Isa, la única ciudad que había rehusado obedecerla. Entonces llegaron los embajadores romanos, quienes admitidos a audiencia expusieron los agravios que habían recibido. Durante todo el discurso, la reina los escuchó, afectando un aire altivo y demasiado altanero; pero después que concluyeron, les manifestó: «que procuraría poner remedio para que Roma no tuviese motivo de resentimiento de parte de su reino en general; pero que en particular, no se acostumbraba por parte de los reyes de Iliria el prohibir a sus vasallos el corso por utilidad propia». Ofendido de esta respuesta el más joven de los embajadores, con libertad conveniente sí, pero importuna, le dijo: «Señora, el más apreciable carácter de los romanos es vengar en común los agravios contra sus particulares, y socorrer a sus miembros ofendidos: en este supuesto, intentaremos con la voluntad de Dios obligaros a la fuerza y prontamente a que reforméis las costumbres de los reyes de Iliria». La reina tomó este desenfado con una ira inconsiderada y propia de su sexo, y la irritó tanto el dicho, que sin respeto al derecho de gentes envió en seguimiento de los embaja-

dores que habían partido, para que diesen muerte al autor de semejante falta de respeto: acción que lo mismo fue saberse en Roma, que enfurecidos con el insulto de esta mujer, hacer aparatos de guerra, matricular tropas y equipar una armada.

Llegada la primavera, Teuta dispuso mayor número de buques que el anterior, y los volvió a enviar contra Grecia. De éstos, unos pasaron a Corcira, otros abordaron al puerto de Epidamno, con ánimo en apariencia de hacer agua y tomar víveres, pero en realidad con el designio de sorprender y dar un golpe de mano a la ciudad. Los epidamnios recibieron incautamente y sin precaución estas gentes, que introducidas en la ciudad con vestidos propios para tomar agua y una espada oculta en cada vasija degollaron la guardia de la puerta y se apoderaron rápidamente de la entrada. Entonces acudió un eficaz socorro de los navíos, según estaba dispuesto, con cuya ayuda se ampararon a poca costa de la mayor parte de los muros. Mas los vecinos, aunque desprevenidos por lo inopinado del caso, se defendieron y pelearon con tanto vigor, que al cabo los ilirios, tras una prolongada resistencia, fueron desalojados de la ciudad. En esta ocasión, el descuido de los epidamnios los puso cerca de perder su patria; pero su valor los salvó y les dio una lección para el futuro. Los jefes ilirios se hicieron a la vela con precipitación, se incorporaron con los que iban delante y fondearon en Corcira, donde hecho un pronto desembarco, emprendieron el poner sitio a la plaza. Los corcirenses, consternados con este accidente, y sin esperanza de ningún remedio, enviaron legados a los aqueos y etolios. Al mismo tiempo que éstos, llegaron también los apoloniatas y epidamnios, rogando les enviasen un pronto socorro y no contemplasen con indiferencia que los ilirios les arrojasen de su patria. Estas embajadas fueron escuchadas favorablemente por los aqueos, quienes dotaron de tripulación de mancomún a diez navíos de guerra, y equipados en breve tiempo se dirigieron hacia Corcira, con la esperanza de librarla del asedio.

Los ilirios, habiendo recibido de los acarnanios siete navíos de guerra en virtud de la alianza, salieron al encuentro y se batieron con la escuadra aquea junto a Paxos. Los navíos acarnanios, que se hallaban situados de frente con los aqueos, lucharon con igual fortuna, y salieron del combate sin más daño que las heridas que recibieron sus tripulaciones. Pero los ilirios, ligando sus navíos de cuatro en cuatro, vinieron a las manos. En un principio cuidaron poco de sí propios, y presentando el flanco al enemigo cooperaron a hacer más ventajoso su ataque. Mas cuando los navíos contrarios se aproximaron y aterrados con el mutuo choque se vieron imposibilitados de maniobrar y pendientes de los espolones de los buques ligados, entonces los ilirios saltan sobre las cubiertas de las embarcaciones aqueas y las vencen con el número de sus soldados. De esta forma capturaron cuatro navíos de cuatro órdenes, y hundieron uno de cinco con toda la tripulación, a cuyo bordo iba Margos de Carinea, hombre que hasta la presente catástrofe había desempeñado todos los cargos a satisfacción de la República aquea. Los que se batían con los acarnanios, luego que advirtieron la ventaja de los ilirios, fiados de su agilidad, se retiraron sin riesgo a su patria viento en popa. Esta victoria ensoberbeció a los ilirios y les facilitó para el futuro la continuación del sitio con más confianza. Los corcirenses, por el contrario, en medio de que sufrieron aún el asedio por algún tiempo, desesperanzados de todo auxilio con estos accidentes, capitularon con los ilirios, admitieron guarnición y con ella a Demetrio de Faros.

Luego de lo cual los jefes ilirios inmediatamente se hicieron a la vela, arribaron a Epidamno y emprendieron de nuevo el sitio de la ciudad.